

HERBERT MARCUSE EROS Y CIVILIZACIÓN



PRÓLOGO DE AMADOR
FERNÁNDEZ-SAVATER

Ariel

EROS y CIVILIZACIÓN

UNA INVESTIGACIÓN FILOSÓFICA
ACERCA DE FREUD

Herbert Marcuse

Prólogo de Amador Fernández-Savater

Traducción de Juan García Ponce

Ariel

Título original: *Eros and Civilization: A Philosophical Inquiry into Freud*

Primera edición en esta presentación: junio de 2025

1.ª edición (Joaquín Moritz): 1965

1.ª edición en Seix Barral: 1968

1.ª edición en Ariel: 1981

© 1955: Bacon Press, Boston

Publicado por acuerdo con Beacon Press through International Editors' Co.

Traducción de Juan García Ponce

Traducción revisada por José Manuel Romero Cuevas

© Amador Fernández-Savater, por el prólogo, 2025

El Prólogo de esta obra se encuentra bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License. Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> o envíe una carta a Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.



Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S.A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S.A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3879-8

Depósito legal: B. 7.562-2025

Impreso en España por

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

<i>Eros y civilización: la gran utopía del principio de placer, prólogo de Amador Fernández-Savater</i>	9
<i>Prólogo a la edición de Vintage</i>	21
<i>Prólogo a la primera edición</i>	25
<i>Introducción</i>	27

PRIMERA PARTE

BAJO EL DOMINIO DEL PRINCIPIO DE REALIDAD

I. La tendencia oculta en el psicoanálisis	33
II. El origen del individuo reprimido (ontogénesis)	41
III. El origen de la civilización represiva (filogénesis)	67
IV. La dialéctica de la civilización	85
V. Interludio filosófico	105

SEGUNDA PARTE

MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DE REALIDAD

VI. Los límites históricos del principio de realidad establecido. .	123
VII. Fantasía y utopía	133
VIII. Las imágenes de Orfeo y Narciso	147
IX. La dimensión estética.	157
X. La transformación de la sexualidad en Eros	177
XI. Eros y Tanatos.	195
<i>Epílogo: Crítica del revisionismo neofreudiano.</i>	207
<i>Obras de Freud citadas en el texto</i>	235

I

La tendencia oculta en el psicoanálisis

El concepto del hombre que surge de la teoría freudiana es la acusación más irrefutable contra la civilización occidental —y al mismo tiempo, es la más firme defensa de esta civilización. De acuerdo con Freud, la historia del hombre es la historia de su represión. La cultura constringe no sólo su existencia social, sino también la biológica, no sólo partes del ser humano sino su estructura instintiva en sí misma. Sin embargo, tal restricción es la precondition esencial del progreso. Dejados en libertad para perseguir sus objetivos naturales, los instintos básicos del hombre serían incompatibles con toda asociación y preservación duradera: destruirían inclusive lo que unen. El Eros incontrolado es tan fatal como su mortal contrapartida: el instinto de muerte. Sus fuerzas destructivas provienen del hecho de que aspira a una satisfacción que la cultura no puede permitir: la gratificación como tal, como un fin en sí misma, en cualquier momento. Por tanto, los instintos deben ser desviados de su meta, inhibidos en sus miras. La civilización empieza cuando el objetivo primario —o sea, la satisfacción integral de las necesidades— es efectivamente abandonado.

Las vicisitudes de los instintos son las vicisitudes del aparato mental en la civilización. Los impulsos animales se transforman en instintos humanos bajo la influencia de la realidad externa. Su «localización» original en el organismo y su dirección básica sigue siendo la misma, pero sus objetivos y sus manifestaciones están sujetos a cambio. Todos los conceptos psicoanalíticos (sublimación, identificación, proyección, represión, introyección) implican la mutabilidad de los instintos. Pero la realidad que da forma a los instintos, así como a sus necesidades y satisfacciones, es un mundo sociohistórico. El animal hombre llega a ser un ser huma-

no sólo por medio de una fundamental transformación de su naturaleza que afecta no sólo a las aspiraciones instintivas, sino también a los «valores» instintivos —esto es, los principios que gobiernan la realización de estas aspiraciones. El cambio en el sistema de valores vigente puede ser definido provisionalmente como sigue:

<i>de:</i>	<i>a:</i>
satisfacción inmediata	satisfacción retardada
placer	restricción del placer
gozo (juego)	fatiga (trabajo)
receptividad	productividad
ausencia de represión	seguridad

Freud describió este cambio como la transformación del *principio de placer en el principio de realidad*. La interpretación del «aparato mental» en términos de estos dos principios es básica para la teoría de Freud y sigue siéndolo a pesar de todas las modificaciones de la concepción dualista. Corresponde en gran parte (pero no por completo) a la diferenciación entre procesos inconscientes y conscientes. El individuo existe, como quien dice, en dos dimensiones diferentes, caracterizadas por procesos mentales y principios diferentes. La diferencia entre estas dos dimensiones es genética-histórica tanto como estructural: el inconsciente, regido por el principio de placer, abarca «los más viejos procesos primarios, los residuos de una fase de desarrollo en la cual eran la única clase de proceso mental». No luchan más que por «obtener placer; ante cualquier operación que puede provocar desagrado (“dolor”) la actividad mental retrocede».¹ Pero el principio de placer irrestringido entra en conflicto con el entorno natural y humano. El individuo llega a la traumática comprensión de que la gratificación total y sin dolor de sus necesidades es imposible. Y después de esta experiencia de frustración, un nuevo principio de funcionamiento mental gana ascendencia. El principio de realidad invalida al principio de placer: el hombre aprende a sustituir el placer momentáneo, incierto y destructivo, por el placer retardado, restringido pero «seguro».² De acuerdo con Freud, a través de esta perpetua conciliación por medio de la

1. *Los dos principios del suceder psíquico* en *Collected Papers (C. P.)*, IV, 14.

2. *Ibid.*, p. 18.

renunciación y la restricción, el principio de realidad «protege» más que «destrona», modifica antes que negarlo, el principio de placer.

Sin embargo, la interpretación psicoanalítica revela que el principio de realidad provoca un cambio no sólo en la forma y duración del placer sino en su misma sustancia. El ajustamiento del placer al principio de realidad implica la subyugación y desviación de las fuerzas destructivas de la gratificación instintiva, de su incompatibilidad con las normas y relaciones sociales establecidas, y, por lo mismo, implica la transustanciación del placer mismo.

Con la institución del principio de realidad, el ser humano que, bajo el principio de placer, ha sido apenas un poco más que un conjunto de impulsos animales, ha llegado a ser un yo organizado. Lucha por «lo que es útil» y lo que puede ser obtenido sin daño para sí mismo y su entorno vital. Bajo el principio de realidad, el ser humano desarrolla la función de la *razón*: aprende a «probar» la realidad, a distinguir entre bueno y malo, verdadero y falso, útil y nocivo. El hombre adquiere las facultades de atención, memoria y juicio. Llega a ser un *sujeto* consciente, pensante, engranado a una racionalidad que le es impuesta desde afuera. Sólo una forma de actividad de pensamiento es «dejada fuera» de la nueva organización del aparato mental y permanece libre del mando del principio de realidad: la *fantasía* está «protegida de las alteraciones culturales» y permanece ligada al principio de placer. Por lo demás, el aparato mental está efectivamente subordinado al principio de realidad. La función de la descarga motora que, bajo la supremacía del principio de placer, ha «servido para liberar al aparato mental de los acrecentamientos de estímulo», es empleado ahora en la «apropiada alteración de la realidad»: es convertida en *acción*.³

El ámbito de los deseos del hombre y los instrumentos de su gratificación son aumentados inconmensurablemente así, y su habilidad para alterar la realidad conscientemente de acuerdo con lo «que es útil» parece prometer la superación gradual de las barreras ajenas a su gratificación. Sin embargo, ni sus deseos ni su alteración de la realidad son de ahí en adelante los suyos: ahora están «organizados» por su sociedad. Y esta «organización» reprime y transustancia sus necesidades instintivas originales. Si la au-

3. *Ibid.*, p. 16.

sencia de represión es el arquetipo de la libertad, la civilización es entonces la lucha contra esta libertad.

La sustitución del principio de placer por el principio de realidad es el gran suceso traumático en el desarrollo del hombre tanto en el desarrollo del género (filogénesis) como en el individuo (ontogénesis). De acuerdo con Freud, este suceso no es único, sino que se repite a través de la historia de la humanidad y en cada individuo. Filogenéticamente, ocurrió primero en la *horda original*, cuando el *padre original* monopolizaba el poder y el placer y obligaba a la renunciación a los hijos. Ontogenéticamente, ocurre durante el período de la primera infancia, cuando la sumisión al principio de realidad es impuesta por los padres y otros educadores. Pero tanto en el nivel genérico como en el individual la sumisión se reproduce continuamente. El mando del padre original es seguido, después de la primera rebelión, por el mando de los hijos, y el clan de hermanos se desarrolla como dominación social y política institucionalizada. El principio de realidad se materializa en un sistema de instituciones. Y el individuo, creciendo dentro de tal sistema, aprende los requerimientos del principio de realidad como los de la ley y el orden, y los transmite a la siguiente generación.

El hecho de que el principio de realidad tiene que ser reestablecido continuamente en el desarrollo del hombre indica que su triunfo sobre el principio de placer no es nunca completo y tampoco es seguro. En la concepción freudiana, con la civilización no determina «un estado de la naturaleza» de una vez y para siempre. Lo que la civilización domina y reprime —las exigencias del principio de placer— sigue existiendo dentro de la misma civilización. El inconsciente retiene los objetivos del vencido principio de placer. Rechazado por la realidad externa o inclusive incapaz de alcanzarla, la fuerza total del principio de placer no sólo sobrevive en el inconsciente, sino también afecta de muchas maneras a la misma realidad que ha reemplazado al principio de placer. El *retorno de lo reprimido* da forma a la historia prohibida y subterránea de la civilización. Y la exploración de esta historia revela no sólo el secreto del individuo sino también el de la civilización. La psicología individual de Freud es en su misma esencia psicología social. La represión es un fenómeno histórico. La efectiva subyugación de los instintos a los controles represivos es impuesta no por la naturaleza, sino por el hombre. El padre original, como arquetipo de la dominación, inicia la reacción en cadena de

esclavitud, rebelión y dominación reforzada que marca la historia de la civilización. Pero siempre, desde la primera restauración prehistórica de la dominación que sigue a la primera rebelión, la represión desde fuera ha sido sostenida por la represión desde dentro; el individuo sin libertad introyecta a sus dominadores y sus mandamientos dentro de su propio aparato mental. La lucha contra la libertad se reproduce a sí misma, en la psique del hombre, como la propia represión del individuo reprimido, y a su vez su propia represión sostiene a sus dominadores y sus instituciones. Es esta dinámica mental la que Freud revela como la dinámica de la civilización.

De acuerdo con Freud, la modificación represiva de los instintos bajo el principio de realidad es reforzada y sostenida por la «eterna, primordial lucha por la existencia... persistente hasta la actualidad». La escasez (*Lebensnot*, ananke) le enseña al hombre que no puede gratificar libremente sus impulsos instintivos, que no puede vivir bajo el principio de placer. El motivo de la sociedad al reforzar la decisiva modificación de la estructura instintiva es así «económico; puesto que no tiene los medios suficientes para sostener la vida de sus miembros sin que éstos trabajen por su parte, debe vigilar que el número de estos miembros sea restringido y sus energías dirigidas lejos de las actividades sexuales y hacia su trabajo».⁴

Esta concepción es tan vieja como la civilización y ha proporcionado siempre la más efectiva racionalización para la represión. En gran medida la teoría de Freud parte de esta racionalización: Freud considera «eterna» la «primordial lucha por la existencia» y, por tanto, cree que el principio de placer y el principio de realidad son «eternamente» antagónicos. La idea de que una civilización no represiva es imposible es una piedra central de la teoría freudiana. Sin embargo, su teoría contiene elementos que rompen esta racionalización; hacen temblar la tradición predominante del pensamiento occidental e inclusive sugieren su trastocamiento. Su obra se caracteriza por una incomprometida insistencia en revelar el contenido represivo de los más altos valores y logros de la cultura. En tanto que hace esto, niega la ecuación de la razón con la represión sobre la que está construida la ideología de la cultura. La metapsicología de Freud es un intento continuamente renovado de develar e interrogar la terrible necesidad de

4. *Introducción al psicoanálisis*, p. 273.

la conexión interior entre civilización y barbarie, progreso y sufrimiento, libertad e infelicidad —una conexión que se revela a sí misma finalmente como aquella existente entre Eros y Tanatos. Freud interroga a la cultura no desde un punto de vista romántico o utópico, sino sobre la base del sufrimiento y la miseria que implica su utilización. La libertad cultural aparece así a la luz de la falta de libertad, y el progreso cultural a la luz del constreñimiento. La cultura no es refutada por esto: la falta de libertad y las restricciones son el precio que debe ser pagado.

Pero en tanto Freud expone la dimensión y la profundidad de la falta de libertad y las restricciones, descubre las aspiraciones de la humanidad convertidas en tabús: la demanda por un estado en el que la libertad y la necesidad coincidan. Cualquiera que sea la libertad que existe en el campo de la conciencia desarrollada, y en el mundo que ha creado, es sólo derivativa, es una libertad comprometida, obtenida a expensas de la total satisfacción de las necesidades. Y en tanto que la total satisfacción de las necesidades es la felicidad, la libertad en la civilización es esencialmente antagónica de la felicidad: envuelve la modificación represiva (*sublimación*) de la felicidad. Recíprocamente, el inconsciente, el más profundo y antiguo lecho de la personalidad mental, *es* el impulso hacia una gratificación integral, que es la ausencia de la privación y la represión. Como tal es la inmediata identificación entre necesidad y libertad. De acuerdo con la concepción de Freud la ecuación de libertad y felicidad convertida en tabú por el consciente es sostenida por el inconsciente. Su verdad, aunque rechazada por el consciente, sigue fascinando a la mente; preserva el recuerdo de estados pasados del desarrollo individual en los que la gratificación integral es obtenida. Y el pasado sigue imponiendo exigencias sobre el futuro: genera el deseo de que el paraíso sea creado otra vez sobre la base de los logros de la civilización.

Si la memoria se mueve hacia el centro del psicoanálisis como una forma de *conocimiento* decisiva, es por algo mucho más importante que un mero recurso terapéutico; el valor terapéutico de la memoria se deriva del *verdadero valor* de la memoria. Su verdadero valor yace en la específica función de la memoria de preservar promesas y potencialidades que son traicionadas e inclusive proscritas por el individuo maduro, civilizado, pero que han sido satisfechas alguna vez en su tenue pasado y nunca son olvidadas por completo. El principio de realidad restringe la función cognoscitiva de la memoria —su relación con la pasada experiencia de la

felicidad que despierta el deseo de su recreación consciente. La liberación psicoanalítica de la memoria hace estallar la racionalidad del individuo reprimido. En tanto el conocimiento da lugar al reconocimiento, las prohibidas imágenes e impulsos de la niñez empiezan a decir la verdad que la razón niega. La regresión asume una función progresiva. El pasado redescubierto proporciona niveles críticos que han sido convertidos en tabús por el presente. Más aún, la restauración de la memoria está acompañada de la restauración del contenido cognoscitivo de la fantasía. La teoría psicoanalítica extrae estas facultades de la esfera libre de compromiso del soñar despierto y la ficción y recaptura sus verdades estrictas. El peso de estos descubrimientos debe destruir con el tiempo el marco dentro del que fueron hechos y al que fueron confinados. La liberación del pasado no termina con la reconciliación con el presente. Contra la restricción autoimpuesta del descubridor, la orientación hacia el pasado tiende hacia una orientación hacia el futuro. La *recherche du temps perdu* llega a ser el vehículo de la futura liberación.⁵

La discusión subsecuente estará centrada en esta tendencia oculta en el psicoanálisis.

El análisis de Freud de desarrollo del aparato mental represivo procede en dos niveles:

- a) *Ontogenético*: el crecimiento del individuo reprimido desde la primera infancia hasta su existencia social consciente.
- b) *Filogenético*: el crecimiento de la civilización represiva desde la horda original hasta el estado civilizado totalmente constituido.

Los dos niveles están continuamente interrelacionados. Esta interrelación está resumida en la idea de Freud acerca del retorno de la represión en la historia: el individuo reexperimenta y revive los grandes sucesos traumáticos en el desarrollo del género, y los

5. Véase *infra*, capítulo XI. El ensayo de Ernest G. Schachtel «On Memory Memory and Childhood Amnesia» da la única interpretación psicoanalítica adecuada de la función de la memoria, tanto en un nivel individual como en uno social. El ensayo está centrado por completo en la fuerza explosiva de la memoria, y su control y «convencionalización» por la sociedad. Es, desde mi punto de vista, una de las pocas contribuciones reales a la filosofía del psicoanálisis. El estudio de Schachtel está en *A Study of Interpersonal Relations*, editado por Patrick Mullahy, Nueva York, Hermitage Press, 1950, pp. 3-49.

reflejos dinámicos instintivos a lo largo del conflicto entre el individuo y el género (entre lo particular y lo universal) tanto como las distintas soluciones al conflicto.

Nosotros seguiremos primero el desarrollo ontogenético hasta el estado maduro del individuo civilizado. Luego regresaremos a los orígenes filogenéticos y ampliaremos la concepción freudiana al estado maduro del género civilizado. La constante interrelación entre los dos niveles implica que las referencias cruzadas, las anticipaciones y las repeticiones han de ser inevitables.